

Cuando los textos hablan..., y alguien quiere escucharlos. A propósito de la restauración de la Iglesia de San Agustín en Talavera de la Reina (Toledo)

Félix Díaz Moreno, Dpto. de Historia del Arte II (moderno). Universidad Complutense de Madrid

Tal como glosaba, entre jocoso y apesadumbrado, el Arcipreste de Hita en su *Libro de Buen Amor*, “no hay peor ciego que aquél que no quiere ver”, o lo que es lo mismo, aquél que teniendo al alcance de su mano el abanico de posibilidades que se le ofrecen no las acepta. Algo similar, trasvasado al mundo de la restauración de nuestro patrimonio arquitectónico, ha ocurrido y sigue produciéndose con respecto a algunos restauradores y técnicos, quienes se niegan a tener mayor contacto con el edificio que el meramente visual y métrico, aquél en el que la huella del autor quedará irremisiblemente desfigurada por otra que poco o nada tiene que ver con los valores e intenciones creacionales, al intentar hacer prevalecer su impronta por encima de otros factores; esta reflexión no implica, ni mucho menos, nuestra negativa a tales empresas, pues entendemos que las especiales peculiaridades y características de la fundación de algunos edificios hoy se encuentran superadas y que el nuevo uso que se le pretende conferir cambiará en parte la fisonomía del mismo, ya que los antiguos espacios deben adecuarse a las nuevas funciones y contenidos, pero no a cualquier precio.

Elaborar planes de restauración en los que una de sus bases sean los textos -históricos o actuales- resulta todavía una tarea compleja de llevar a término a causa de diversas cortapisas que en estos momentos por cuestiones obvias de espacio no podemos desarrollar, aunque creemos firmemente que su contribución resulta imprescindible en el proceso de formalización de un proyecto, pero siempre en conjunción con otros estudios. Los informes y memorias de historiadores en general o documentalistas en particular deben ser, al menos, elementos de valoración y cotejo y no meros folios sin consistencia para cubrir el “expediente”; aunque tampoco pueden convertirse en fuentes de constreñimiento con respecto a las intervenciones. Llegar a un punto medio siempre es complicado y está lleno de obstáculos, a veces aparentemente insalvables; pero tampoco podemos engañarnos, ni los textos son la panacea ante ciertas realizaciones ni su búsqueda y análisis suponen una carga inviable a la hora de vincularlos con las nuevas pretensiones constructivas.

Bien es cierto que los documentos no siempre son sencillos de localizar o que cuando aparecen éstos son parcos en descripciones, pero también es igualmente incuestionable que a veces el descubrimiento de un contrato, en sus más amplias variantes, ha supuesto el verdadero conocimiento de las fases de planteamiento y realización de una obra. La disposición para analizar y interpretar estos textos históricos por parte de quien va a realizar el proyecto de restauración consideramos es de especial relevancia pues siempre le servirá de apoyo a la hora de tomar decisiones basándose en la idea primigenia y de esta forma poder incardinar las suyas, que a pesar de la distancia que las separa y

los nuevos planteamientos, se integrarán, sin disonancias; restaurar en convivencia con su primitivo autor y no contra él nos parece una sabia apuesta.

Pero estas intenciones chocan a veces con intereses enfrentados e incertidumbres de aparente difícil resolución. Sólo a modo de ejemplo y sin que ello conlleve ningún otro tipo de lectura debemos hacer hincapié en un problema que viene arrastrándose desde hace tiempo; éste no es otro que la incorporación de documentalistas al proyecto, no por su participación, sino por la mala gestión llevada a cabo en cuanto a los resultados de su trabajo. Su función no es otra que la de búsqueda de los más heterogéneos documentos sobre la obra en cuestión, siendo éste en muchos casos el único fin perseguido para formar parte de la memoria histórica del proyecto, pero si realmente queremos que los resultados de tales investigaciones tengan validez, éstos deberán ser tamizados, analizados y contextualizados por otros profesionales, pues en caso contrario la información de los mismos resulta estéril, entre otras cuestiones porque incluso de manera inconsciente intentaremos descifrar su significado con los ojos de la actualidad, tergiversando conceptos al intentar adaptarlos a nuestro sistema de conocimientos y valores. La amarga queja de unos y otros sobre la preponderancia de sus competencias y estimación de sus deducciones nos conducirá sin remisión, una vez más, al enfrentamiento en lugar de a la coordinación y puesta en común de intereses.

Somos de la opinión que para formalizar un buen trabajo de restauración son absolutamente necesarias la conjunción de una serie de disciplinas que aportarán segmentos de información lo más ajustados posible del edificio, desde sus orígenes hasta su evolución posterior; estudios arqueológicos, históricos, sociales, artísticos, etc. además de los diversos informes técnicos necesarios, conformarán una base sobre la que poder tomar decisiones que al menos no pongan en riesgo la reversibilidad de la actuación.

En cuanto a las fuentes escritas, base sobre la que se plantean estas reflexiones, podríamos dividirlas en dos grandes bloques: las derivadas de la propia construcción (contratos de obra, memorias de materiales, tasaciones, cartas de pago, etc.), a las que se unen en algunas ocasiones (muchas menos de las deseadas) documentos gráficos (planos generales, rasguños, trazas parciales, etc.). Y por otro lado aquellos documentos de la época o posteriores que o bien hacen referencia directa a la misma o que por sus especiales características pudieron ser utilizados por los maestros, caso de cartillas de construcción y cortes de cantería, recetarios o en otros casos, los importantes tratados de arquitectura ya fueran nacionales, más escasos, o de allende nuestras fronteras.

Nos centraremos en este último argumento y lo pondremos en consonancia con una reciente intervención dentro de nuestro patrimonio arquitectónico en la que podremos valorar y hacer importantes lecturas con respecto a otras campañas con desiguales resultados.

En 2001 daba comienzo el proceso de restauración de la antigua iglesia del convento de agustinos recoletos de Talavera de la Reina (Toledo); la fundación Caja Madrid en colaboración con el ayuntamiento de la localidad y el Museo de Cerámica Ruiz de Luna ponían las bases para convertir el espacio semiderruido de la iglesia en una gran sala de exposición que sirviera como ampliación museológica del citado centro, con ello se conseguía además de la rehabilitación de un importante ejemplo de la arquitectura española del siglo XVII, su conservación y mantenimiento posterior al dotarlo de nuevos usos acordes con planteamientos actuales.

El convento había iniciado su andadura en 1589 y representaba la primera fundación de la orden de los agustinos recoletos en nuestro país tras la escisión de los calzados. En un principio se asentaron sobre casas prestadas hasta que dieron comienzo los trabajos tendentes a construir un nuevo convento e iglesia, obras que se desarrollarán a partir de 1620, siendo su autor el arquitecto recoleto y teórico fray Lorenzo de san Nicolás (1593-1679)¹. No entraremos a delimitar y pormenorizar las intervenciones y evolución de los trabajos de restauración, pero sí queremos valorar los estudios previos

que se llevaron a cabo antes del proyecto y que inciden en nuestros anteriores postulados; para la ocasión se realizaron una serie de investigaciones conducentes a la obtención de un diagnóstico lo más completo posible sobre el edificio, así se acometieron trabajos de fuerte calado documental e histórico-artístico; una investigación y excavación arqueológica, un estudio de materiales y pinturas decorativas, un estudio geotécnico y un análisis arquitectónico.

Iglesia y convento mantuvieron un devenir paralelo a lo largo de su dilatada historia con claros momentos de esplendor que se fueron apagando conforme transcurrieron los siglos y sus instalaciones fueron siendo trasfiguradas o abandonadas, en el caso del espacio eclesial y tras la desamortización y su paso a manos privadas, pasó por diferentes funciones desde liceo, bodega, almacén de maquinaria, perrera, etc. hasta caer en el abandono, llegando a desaparecer partes y espacios importantes de su estructura. En este proceso parecía que el que iba a salir “mejor” parado sería el convento, pero tras su restauración quedó transformado y convertido a su mínima expresión, dejándose tan sólo los muros exteriores como testimonio de lo que allí hubo en otro tiempo para que sirviera de receptáculo al Museo Ruiz de Luna. Pero no es nuestra intención reprochar la actuación sobre el mencionado espacio, sino valorar como instrumento de trabajo uno de los textos más significativos y sobresalientes del Barroco.

Las siguientes reflexiones en torno al tratado de Fray Lorenzo de san Nicolás, si bien se hacen a raíz de su obra en Talavera de la Reina, son extensivas a muchas de las construcciones del XVII hispano, pues no en vano gran parte de sus enseñanzas fueron recopiladas pacientemente por el recoleto tras su paso por obras de la más variada significación y diversidad y posteriormente codificadas en su libro. En 1639 salía de las prensas madrileñas, tras un significativo retraso, la primera parte del tratado: *Arte y uso de Architectvra*², texto en el cual el agustino mostraba su amplio conocimiento y análisis que de la teoría de la Arquitectura llevaba años conformando; a ello se unía el repertorio de técnicas, el uso de materiales y las diferentes fases de ejecución, que conllevaba la práctica cotidiana en el mundo de la construcción. El éxito de sus presupuestos unido a nuevas empresas didácticas hizo que en 1665 apareciera en los mercados la segunda parte del libro, en él se manifestaba una clara mejora en la calidad de las láminas, que se complementaba con nuevos materiales teóricos y su correspondiente traslado a la práctica constructiva³. No habían pasado dos años cuando se reeditó la primera parte del tratado, con adiciones y mejoras del propio autor⁴. El interés por el mismo se mantuvo a lo largo del XVIII donde se imprimieron sus propuestas nuevamente en dos ediciones (Madrid, 1736 y 1796)⁵.

Llegados a este punto cabría preguntarnos cuál o cuáles son por tanto los valores que hacen de este texto una referencia ineludible en cualquier estudio sobre la arquitectura española del siglo XVII e incluso posterior, y a su vez fuente de primer orden para afrontar con garantías de acierto intervenciones en obras de las aludidas centurias, ya sean restauraciones en estilo o aquellas configuradas sobre partes significativas e individualizadas de un edificio.

La importancia de este texto para el mundo de la restauración reside, entre otras muchas consideraciones, en haberse convertido en un catálogo y guía de variadas experiencias que reunidas a partir de una amplia casuística práctica, complementan lagunas, actualizan conocimientos e incrementan desarrollos técnicos anteriormente no tenidos en cuenta.

El estudio y recopilación en parte de estos condicionantes sirven a su vez para plantear el estudio de una obra en su totalidad desde la elección del terreno más propicio y su cimentación, hasta la coronación del mismo, si bien es cierto que referido a un edificio religioso.

Así por ejemplo, en cuanto al uso de los materiales para una fábrica, fray Lorenzo aporta datos precisos sobre su elaboración, características, ingredientes, usos, trucos, etc. así como un completo calen-

dario estacional en donde quedan determinadas las mejores fechas para cada tipo de realización, tanto a nivel de preparación como de reposo. La maestría en la utilización del ladrillo por parte del recoleto, así como las diversas fórmulas de cal y arena para conformar los diferentes paramentos, son noticias de especial significación a la hora de afrontar tareas de reintegración de superficies, solados y muros.

Pero no solamente se ocupa de las materias conformadoras de las diversas estructuras sino que su interés fue mucho más allá al dejar establecidos desde las calidades de los muros y vanos hasta las armaduras, tema éste de especial significación donde reiterará las diferentes soluciones de bóvedas y concretamente dejará por escrito sus enseñanzas sobre cúpulas encamonadas, entramados que fueron a la postre una de las estructuras más frecuentemente utilizadas durante todo el Barroco y que no sólo se levantaron en nuestro país sino que sirvieron como referente al continente americano, en donde, no podemos olvidar que no solamente se valoró el texto sino las imágenes del mismo a modo de repertorio constructivo.

De igual forma no podemos dejar al margen la enumeración, clasificación y desarrollo de los órdenes, así como el conjunto de pautas decorativas que atesora el tratado entre sus páginas, desde el uso de las más variadas molduras hasta la realización de lazos y labores.

Muchas de estas técnicas y fórmulas, cuyos orígenes se pierden en el tiempo, fueron desarrollándose y adquiriendo nuevos valores tras su uso continuado, en muchas ocasiones sin ningún tipo de codificación sino que se difundieron de manera oral en los talleres y de padres a hijos actuando como vehículos de transmisión de conocimientos; es por ello que alguna de estas técnicas, ya perdidas u olvidadas, pueden reconstruirse en parte gracias a noticias derivadas del *Arte y vsó*.

El instrumento de trabajo de primer orden en que se ha convertido el tratado se debe también a que es uno de los pocos ejemplos, dentro de nuestra literatura artística, que pudo traspasar los umbrales de los talleres tipográficos ya que muchos otros quedaron manuscritos y no gozaron de la difusión y el reconocimiento de éste. Las causas de la no publicación de estos materiales fueron diversas, entre ellas destacan el alto coste que suponía para el autor imprimir su obra, máxime cuando ésta además debía ir complementada con imágenes explicativas al texto.

Para sortear con éxito el primer inconveniente solía buscarse patrocinador, aunque no siempre se consiguieron por tratarse de obras con tiradas cortas y muy específicas, lo que no ocurría con la literatura en general o los temas derivados de la religión. En cuanto a los grabados, la confección de los mismos resultaba enormemente gravosa para sus autores, lo que conllevó que se optara por aquéllos ejecutados en madera, más económicos pero de calidad desigual, ya que abrirlos sobre plancha de cobre conllevaba no sólo su alto precio, sino la búsqueda de maestros solventes en esta técnica, los cuales escaseaban en nuestro país, ello obligaba a realizarlas en otros territorios, normalmente encargados a grabadores flamencos, lo que producía un nuevo encarecimiento para la producción final.

El conjunto de valoraciones hasta ahora planteadas hacen del *Arte y vsó de Architectvra* de Fray Lorenzo de san Nicolás un texto imprescindible para afrontar intervenciones de variado tipo y calado dentro de nuestro patrimonio. No vamos a negar el conocimiento que se tiene de la obra, aunque en muchos casos éste es nebuloso y sin una idea clara de las aportaciones y calidad de los presupuestos que integran sus páginas.

La paradoja del tratado consiste en que a pesar de su utilización una y otra vez, y salvo contadas excepciones, son pocos aquéllos que se han acercado al texto con la firme voluntad de estudiar, interpretar y analizar, en su totalidad o en parte, sus contenidos. Sin embargo el tratado ha sido reutilizado en infinidad de ocasiones como cita erudita, extractándose párrafos concretos que han acabado por popularizarse y que parecen conformar las únicas contribuciones de las enseñanzas del recoleto.

Este texto debe pues convertirse en elemento imprescindible para los trabajos de restauración cuyas características así lo aconsejen y para aquellos procesos de des-restauración producidos por deficientes o intencionadas interpretaciones no válidas. Dejemos pues hablar a los textos y escuchemos sus sabias enseñanzas maceradas tras largos años de reposo.

Notas

¹ Al respecto véase: DÍAZ MORENO, F.: *Fray Lorenzo de san Nicolás: Arte y uso de Architectura. Edición anotada*. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 2003. Más recientemente: Fray Lorenzo de san Nicolás (1593-1679). Precisiones en torno a su biografía y obra escrita, *Anales de Historia del Arte*, nº14, 2004, pp. 157-179.

² ARTE Y VSO DE ARCHITECTVRA. DIRIGIDA AL S^{to} Patriarca S. Ioseph. Compuesto por Fr. Laurencio de S Nicolas, Agustino Descalço, Maestro de obras. [1639].

³ SEGVNDA PARTE DEL ARTE Y VSO DE ARCHITECTURA DEDICADA AL DESAMPARO QUE PADECIO MI REDEMPTOR IESVCHRISTO las tres oras que estubo viuo enclabado en el Arbol de la Cruz. CON EL QVINTO Y SEPTIMO libros de Euclides traducidos de latin en Romance Y LAS MEDIDAS DIFICILES DE Bouedas y de las superficies y pies cubicos de Pichinas. CON LAS ORDENANZAS DE La Imperial Ciudad de Toledo aprobadas y confirmadas por la Cesarea Magd. Del Sr. Emperador Carlos V. de Gloriosa memoria. COMPVESTO POR EL P. F. LAVRENCIO DE SAN Nicolas Agustino descalzo Architecto y Maestro de obras natural de la muy noble y coronada Villa de Madrid. Petrus a Villafranca sculptor Regius sculpsit, 1663. [1665].

⁴ SEGVNDA/ ynpresion de la primera parte del/ arte y uso de architettura dirixido/ al patriarcha San Joseph co/ n el primer libro de ucli/ des traducio de latin en Roman/ çe conpuesto por el padre fr lau/ rencio de s. Nicolas Augus/ tino descalço y maestro/ de obras y arquixto/ natural de la muy noble i corona/ da villa de madrid año de 1667//. Colofón: "CON PRIVILEGIO/ EN MADRID,/ POR BERNARDO DE HERVADA,/ Año de 1667.//

⁵ Existen dos facsímiles del tratado, el primero publicado sobre las ediciones originales del XVII, realizado por Albatros Ediciones, Colección Juan de Herrera, nº 9. Valencia, 1989, con estudio preliminar de Juan José Martín González (pp. 11-29) y otro sobre la edición de 1796 publicado por el Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón. Zaragoza, 1989.